PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

VII

SI LA VIRTUD PUEDE ENSEÑARSE • SOBRE LA VIRTUD MORAL • SOBRE EL REFRENAMIENTO DE LA IRA • SOBRE LA PAZ DEL ALMA • SOBRE EL AMOR FRATERNO • SOBRE EL AMOR A LA PROLE • SI EL VICIO PUEDE CAUSAR INFELICIDAD • SI LAS PASIONES DEL ALMA SON PEORES QUE LAS DEL CUERPO • SORE LA CHARLATANERÍA • SOBRE EL ENTROMETIMIENTO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS POR
ROSA MARÍA AGUILAR



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI
EX LIBRIS
ARMAVIRUMQUE

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 214

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por JORGE BERGUA CAVERO.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1995.

Depósito Legal: M. 37658-1995.

ISBN 84-249-1601-8. Obra completa.
ISBN 84-249-1789-8. Tomo VII.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1995. — 6705.

INTRODUCCIÓN

Las obras que contiene este volumen están casi en su totalidad representadas en el apartado que Ziegler[1] calificó como escritos ético-filosóficos populares. No diríamos tanto nosotros de todas, pues, si el calificativo de popular puede convenir a la mayoría de ellas, creemos que un tratado de una envergadura como la de *Sobre la virtud moral (De virtute morali)* se escapa a tal encasillamiento por su propio contenido y por la índole de su exposición, de un carácter doctrinal, escueto y seco, como pocas veces ofrece el de Queronea.

Semejanzas mayores son las que se hallan en el grupo que, a nuestro ver, constituyen *Sobre el refrenamiento de la ira (De cohibenda ira), Sobre la paz del alma (De tranquillitate animi), Sobre el amor fraterno (De fraterno amore), Sobre la charlatanería (De garrulitate)* y *Sobre el entrometimiento (De curiositate)*. En estos tratados se expone la naturaleza de algunos grandes o pequeños vicios y se dan consejos para su curación o bien se desarrollan doctrinas para vivir en paz con uno mismo o con la familia. La exposición en ellos es bastante sistemática, pero la posible aridez de la doctrina se ve aliviada por la riqueza del anecdotario inser-

[1] K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia, Realencyclopädie* XXI 1, 1951, col. 768 sigs.

tado a todo lo largo de cada obra, lo que hace a muchas de estas obras de las más amenas de nuestro autor. Casos levemente diferentes son dentro de este apartado el del *Sobre el refrenamiento de la ira* y el del *Sobre el amor fraterno.* En el primero nos encontramos con el género diálogo, pero solamente en apariencia. Tras un primer intercambio de impresiones entre Sila y Fundano, el diálogo se decanta en una larga exposición de Fundano que sólo se interrumpe con el fin de su teorización sobre los medios para dominar el vicio de la ira. En este tratado no hay una exposición previa sobre la índole de este vicio —que se hallaría, en cambio, en el perdido *Perì orgês*— sino solamente el tratamiento para lograr su dominio. El segundo de ellos es uno de los opúsculos morales más gratos, a nuestro ver, del filósofo de Queronea. En él se encuentran una espontaneidad, una frescura y veracidad que serían comparables a los rasgos que hallamos en los consuelos que prodiga a su mujer en su *Consolatio ad uxorem,* debidos en uno y otro caso al amor que prodigaba a su familia y que vemos reflejados en el primero en sus alusiones a su hermano Timón.

Un caso distinto es, aun cuando pueda confundir su título, el tratadito *Sobre el amor a la prole.* Sin duda el no estar completo es la causa de que nos cuente poco más que es mayor el amor a su progenie en el hombre que entre los animales, aunque se expongan hermosos ejemplos del amor de las bestias por sus crías. La obra parece inacabada y su texto se presenta muy corrompido. Por otra parte su estilo cuadra más que nada con el de los ejercicios retóricos, y las dificultades en su datación no aclaran tampoco el problema.

Las tres restantes obras que constituyen este volumen son todas ellas igualmente breves e incompletas. Sobre dos de ellas, *Si el vicio puede causar infelicidad (An vitiositas ad infelicitatem sufficiat)* y *Si las pasiones del alma son*

peores que las del cuerpo (Animine an corporis affectiones sint peiores), ya Wilamowitz[2] formuló la teoría de que ambas formarían parte de una sola obra mayor, siendo la primera de las dos continuación de la segunda. Esta hipótesis, que no halló fortuna, ha sido retomada en cierta manera y con mayores vuelos por Adelmo Barigazzi[3]. Este autor supone que no sólo estos opúsculos sino también los tratados *Sobre la fortuna (De fortuna), Si la virtud puede enseñarse (An virtus doceri possit)*[4] y *Sobre la virtud y el vicio (De virtute et vitio)* —de los cuales sólo el segundo forma parte de este volumen— provendrían de una misma obra fragmentada. El orden en que habría que leer estos fragmentos sería *De fort., An virtus, Animine an corporis, An vitiositas* y por último *De virt. et vit.* A su juicio, todos ellos revelan el ejercicio de la retórica como otros productos de la etapa de juventud de Plutarco y podría convenirles un título como *De virtute, an docenda sit (Perì aretês, ei didaktéon).* Subtítulos en la obra la habrían llevado a la fragmentación en piezas independientes en una época situable entre la publicación del catálogo de Lamprias (s. III/IV d. C.) y la edición de Máximo Planudes (s. XIII de nuestra era). El contenido sobre la virtud habría favorecido su difusión en el cristianismo. Incluso, recuerda, el número 180 del catálogo de Lamprías es *Perì aretês, ei didaktéon hē aretḗ.* En suma, no se trataría aquí de un tratado moral, sino de una declama-

[2] U. von Wilamowitz, *Hermes* XI (1905), 161-176 (= *Kleine Schriften* IV, págs. 208-212).

[3] A. Barigazzi, «Per il ricupero di una declamazione di Plutarco sulla virtù», *Prometheus* 13 (1987), 47-71.

[4] También G. Siefert, *Commentationes Ienenses* 1896, págs. 102-105 (*apud* Helmbold, *op. cit. infra,* pág. 2), ha sostenido que Plutarco escribió el *An virtus...* en relación con *De fortuna* y que aquél no está mutilado sino inacabado.

ción sobre la virtud. La exposición de esta teoría aparece bien fundada y resulta atractiva, ya que sirve también para eludir el cómodo recurso de calificar todos estos textos fragmentarios de apuntes sin desarrollar o de obras incompletas publicadas póstumamente por herederos. Sin embargo, por más atractiva que resulte tal teoría, no puede dejar de ser más que una suposición plausible, pero no fácilmente demostrable.

Los diez tratados que figuran en este volumen se encuentran en el *Corpus Planudeum,* conservado en el códice *Parisino* E, y son respectivamente los números 55, 52, 9, 11, 13, 46, 45, 19, 14 y 10. El orden de los tratados en nuestra traducción responde al de la edición estefaniana. La tradición manuscrita es muy amplia y solamente pretendemos mostrar un esbozo de ella. En su conjunto es una colección de casi cincuenta códices, repartidos en tres familias. De la primera, que representa la tradición más antigua, el manuscrito principal es un palimpsesto, el *Laurentianus* 69 (L) del s. x, muy mutilado, del cual es copia el *Parisinus gr.* 1955 (C) (s. xi-xii). La segunda familia, muy compleja, tiene varios grupos entre los que se encuentran el *Marcianus gr.* 249 (Y) (s. xi-xii) y los *Mosquenses SS. Synodi gr.* 501 y 502 (M y N) del s. xii en el primero de éstos, manuscritos de los que, con diversas alteraciones, derivan los demás. La tercera representa la tradición de Planudes y en ella se encuentran el *Ambrosianus gr.* 859 (α) poco anterior a 1296, el *Parisinus gr.* 1671 (A) del s. xii y el *Parisinus gr.* 1672 (E) del xiv, poco anterior al 1302. El propio *Mosquensis gr.* 501, de la familia segunda, parece haber sido corregido por el propio Planudes. Con esta familia y, en concreto, con el *Ambrosianus gr.* 859 parece relacionarse ε (el *Matritensis* 4690, antiguo N 60) de la Biblioteca Nacional, fechado por Gregorio de

Andrés[5] en el s. XIII. En él se hallan algunos de los tratados que se traducen en este volumen, a saber, por este orden: *De cur.*, *Anim. an corp. affect.*, *De gar.*, *De coh. ira*, *De tranq. an.*, *De frat. am.*, *De virt. mor.* También en la Biblioteca de El Escorial se hallan el *Anim. an corp. affect.* (5, antes R. I. 5) así como un *excerptum* del *De frat. am.* en el 339. Ambos códices son tardíos.

En cuanto a las traducciones de estas obras puede decirse con certeza que no se ha conocido ningún esfuerzo para su versión directa del griego al castellano desde el s. XVI hasta nuestros días[6]. Fue Diego Gracián de Alderete, secretario del emperador Carlos V, quien en 1533 publicó los *Apothegmas del excelentisimo Philosopho y Orador Plutarco Cheroneo* en Alcalá de Henares, traducción de la que da cuenta M. Menéndez y Pelayo, advirtiendo que no había llegado a sus manos[7]. Sí conocía, en cambio, la de 1548 como asimismo la reedición de 1571 con adición de ocho obras más, a las que dedica grandes elogios. En estas versiones de

[5] *Catálogo de los Códices Griegos de la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1987, págs. 249-251.

[6] Véase C. García Gual, «Dos poemas de encomio a la primera versión castellana de las *Obras morales* de Plutarco», en A. Pérez Jiménez, G. del Cerro Calderón (eds.), *Estudios sobre Plutarco. Obra y tradición. (Actas del I Symposion español sobre Plutarco)*, Málaga, 1990, pág. 280 y n. 5.

[7] M. Menéndez y Pelayo, *Biblioteca de Traductores Españoles*, II, Santander, 1952, págs. 179-180. Ficha completa de la obra de A. Palau y Dulcet en el *Manual del librero hispano-americano*, ofreciendo a continuación el contenido, en el que figuran, tras los *Apotegmas*, las demás obras de los *Moralia* que aparecen en la edición de 1548. Se trata de una confusión del viejo librero catalán de esta primera traducción de sólo los *Apotegmas*, de 1533, con la de 1548, también impresa en Alcalá, en la que figuran las otras obras mencionadas, cosa que hemos podido verificar en la Biblioteca Nacional, donde se halla esta preciosa edición de 1533 que Menéndez y Pelayo no llegó a conocer.

los *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana* se hallan parcialmente los tratados que se publican en este volumen. No sabemos bien cuál fue el criterio que llevó a Gracián a hacer esta selección, pues si hubiera sido el de no considerar algunas de ellas, como apunta Menéndez y Pelayo[8], verdaderamente apropiadas a este título, sí habría tenido en cuenta tratados como *Sobre el amor fraterno* o *Sobre la charlatanería* que no aparecen en su traducción. Los que corresponden con este volumen son por el orden en que en él aparecen los siguientes: *Que la virtud se puede enseñar* (fol. 180); *Cómo se ha de refrenar la yra* (fol. 149 v.); *De la tranquilidad y sossiego del ánimo* (fol. 156 v.); *Que son mayores las dolencias y passiones del ánimo que las del cuerpo* (fol. 164); *Contra los que son curiosos por saber vidas agenas* (fol. 174).

A partir del excelente estudio de J. S. Lasso de la Vega[9] sobre las traducciones de las *Vidas* parece haberse puesto de moda el vapulear la traducción de Diego Gracián[10]. Aun sin negar todos los defectos que estas versiones presentan, pensamos que las traducciones de los *Morales* deberían estudiarse más a fondo para emitir un juicio. No debemos olvidar que Gracián es un hijo de su época y que el gusto por la paráfrasis también se halla en la traducción latina de Erasmo que él tuvo a la vista. Por otra parte, que también tuviera

---

[8] *Op. cit.*, pág. 180: «... todos los cuales omitió Gracián o por creerlos de interés menos general que los que tradujo, o por juzgar, y con razón, que se les había aplicado con harta impropiedad el título de *Morales*, versando los más sobre cuestiones eruditas, ajenas a la Ética práctica, argumento de los demás libros».

[9] «Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco», *Estudios Clásicos* VI, 35 (1962), 451-514, especialmente en págs. 482 y 496-497.

[10] J. López Rueda, *Helenistas españoles del s. XVI*, Madrid, 1973, págs. 389 y 391-392.

presentes otras traducciones de los *Moralia* en lengua vernácula no parece extraño. El que pueda haber semejanzas entre traducciones en lenguas vernáculas puede deberse, a veces, a coincidencias estructurales entre ellas. En fin, el propio secretario reconocía las muchas dificultades que había encontrado en traducir a Plutarco[11], y su opinión sobre la oscuridad de pasajes y abundancia de citas podría subscribirse igualmente ahora, cuando se cuenta con mucho mejores medios.

Una traducción interesante, aunque del latín, como advierte el autor, es la que hizo Diego de Astudillo[12] del *De cohibenda ira* y que aparece a continuación de su traducción de la *Introducción a la sabiduría* de Juan Luis Vives, lo cual lleva a pensar que la traducción latina procedería de este último. Esto confirma el interés que por Plutarco sintió el círculo de erasmistas. Por último, y sólo a título de curiosidad, mencionaremos una traducción de comienzos del s. XIX de los *Morales,* cuyo autor advierte paladinamente haberla hecho del francés. Se trata de una adaptación de parte de las *Obras morales* de la que no sabemos si el traductor, Enrique Ataide, es responsable o si realmente ya tradujo tal adaptación[13]. Quizá se trate más bien de lo primero, por lo

---

[11] «... y el sentido escuro que tiene sacado de los escondrijos y retraymientos de todos los autores: de suerte que se podría estimar una obra de ataracea compuesta de varia entretalladura». Del prólogo a la edición de 1548 en Alcalá de Henares por Juan de Brocar, fol. 9.

[12] *Introducción a la sabiduría compuesta en latín por el Doctor Juan Luys Vives. Diálogo de Plutarcho, en el qual se tracta, como se ha de refrenar la ira. Una carta de Plutarcho que enseña a los casados como se han de auer en su bivir. Todo nuevamente traduzido en castellano por —.* En Amberes, en casa de Juan Steelsio, 1551.

[13] *Primera parte de los pensamientos morales de Plutarco, traducidos del francés al castellano por D. Enrique de Ataide y Portugal. Tomo décimo.* En Madrid, en la oficina de Aznar, año 1803. Hay luego una *Segun-*

que dice en la n. 1 a la pág. 5: «En la traducción de los Pensamientos escogidos de Plutarco, no me he sujetado a toda la precisión que hubiera guardado si hubiera emprendido la traducción de sus obras, ó de alguno de sus tratados. Era menester dar sus ideas, más bien que sus expresiones; pero si me he tomado alguna libertad, ha sido con mucho cuidado».

Para terminar, hemos de referirnos a las ediciones griegas manejadas. El texto griego seguido es el de W. C. Helmbold en el t. VI de la colección *The Loeb Classical Library.* Asimismo hemos tenido a la vista el texto griego de la edición de M. Pohlenz y W. Sieveking en la colección Teubner, cuyas lecturas se han adoptado en algún caso. También han sido de gran ayuda la edición de J. Dumortier y J. Defradas en *Les Belles Lettres* y la de *Moralia I* de G. Pisani, tanto en algunas adopciones de lectura como en su interpretación en las traducciones. Hemos tenido en cuenta igualmente ediciones monográficas de todas las cuales se da cuenta en la Bibliografía, salvo de alguna edición reciente que no ha llegado a nuestras manos y que por ello se ha omitido.

---

da parte y, por último, una *Colección de Filósofos moralistas antiguos* que está sacada de los *Apotegmas* como luego se advierte en portada.

BIBLIOGRAFÍA*

K. Abel, «Panaitios bei Plutarch *De tranquillitate animi?»*, *Rheinisches Museum* 130/2 (1987), 128-152.

D. Babut, *Plutarque et le Stoïcisme,* París, 1969.

—, *De la vertu éthique,* París, 1969.

A. Barigazzi, «Per il ricupero di una declamazione di Plutarco sulla virtù», *Prometheus* 13 (1987), 47-71.

—, (ed.), *<Se la virtù si debba insegnare>* (*La fortuna, Se la virtù si possa insegnare, Se siano più gravi le malattie dell' animo o del corpo, Se il vizio sia sufficiente a rendere infelici, La virtù e il vizio*), Nápoles, 1993.

F. Becchi, «La nozione di φρόνησις negli scritti postaristotelico-peripatetici di etica», *Prometheus* 13 (1987), 37-46.

—, *La virtù etica,* Nápoles, 1990.

—, «A proposito degli studi sugli scritti etici di Plutarco», *Atene e Roma* XXV 1 (1990), 1-16.

H. Broecker, *Animadversiones ad Plutarchi libellum* Περὶ εὐθυμίας, Bonn, 1954.

C. Brokate, *De aliquot Plutarchi libellis,* tesis doc., Gotinga, 1913.

* La Bibliografía que consta aquí es la que fundamentalmente se relaciona con estos tratados. Aun así también son citadas algunas obras generales que han sido empleadas. Para una Bibliografía general se remite a los otros volúmenes sobre Plutarco de esta misma Colección, donde se halla amplia información.

J. Dumortier, J. Defradas (eds.), *Plutarque, Oeuvres morales,* t. VII, primera parte, París, *Les Belles Lettres,* 1975.

R. Flacelière, *Sagesse de Plutarque,* París, 1964.

P. Fuhrmann, *Les images de Plutarque,* París, 1964.

J. García López, «Diego Gracián de Alderete, traductor de los *Moralia* de Plutarco», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo (IV Simposio de Filología Clásica),* Univ. de Murcia, 1990, págs. 155-164.

D. Gracián, *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana por —,* Alcalá de Henares, 1548.

J. J. Hartmann, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916.

G. Hein, *Quaestiones Plutarcheae,* tesis doc., Berlín, 1916.

R. Heinze, «Ariston von Chios bei Plutarch und Horaz», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 497-523.

W. C. Helmbold (ed.), *Plutarch's Moralia,* vol. VI, Londres-Cambridge (Massachusetts), 1962.

O. Hense, «Ariston bei Plutarch», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 541-554.

R. Hirzel, «Demokrits Schrift Περὶ εὐθυμίας», *Hermes* XIV (1879), 354-397.

G. Indelli, «Plutarco, Sul controllo dell' ira», *Atene e Roma* 35 (1990), 89-94.

C. P. Jones, «Towards a chronology of Plutarch's works», *Journal of Roman Studies* LVI (1966), 61-74.

R. Laurenti, G. Indelli (eds.), *Sul controllo dell' ira,* Nápoles, 1988.

W. R. Paton, M. Pohlenz, W. Sieveking (eds.), *Plutarchi Moralia,* vol. III, Leipzig, 1972² (reimpr. 1.ª ed. 1929).

E. Pettine, *Plutarco, La curiosità* (Περὶ πολυπραγμοσύνης), Salerno, 1977.

— (ed.), *Plutarco, La loquacità (De garrulitate),* Salerno, 1975.

— (ed.), *Plutarco, La tranquillità del animo,* Salerno, 1984.

G. Pisani, *Plutarco, Moralia I. «La serenità interiore» ed altri testi sulla terapia dell' anima,* Biblioteca dell' Immagine, 1989.

M. Pohlenz, «Plutarchs Schrift Περὶ εὐθυμίας», *Hermes* XL (1905), 275-300.

—, «Ueber Plutarchs Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXI (1896), 321-338.

P. Rabbow, *Antike Schriften über Seelenheilung und Seelenleitung. Auf ihren Quellen untersucht. Die Therapie des Zornes*, Leipzig-Berlín, 1914.

D. A. Russell, «On reading Plutarch's *Moralia*», *Greece and Rome* 15 (1968), 130-146.

A. Schlemm, «Ueber die Quellen der plutarchischen Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXVIII (1903), 587-607.

E. L. Shields, «Plutarch and Tranquillity of Mind», *Classical Weekly* 42 (1948-49), 229-234.

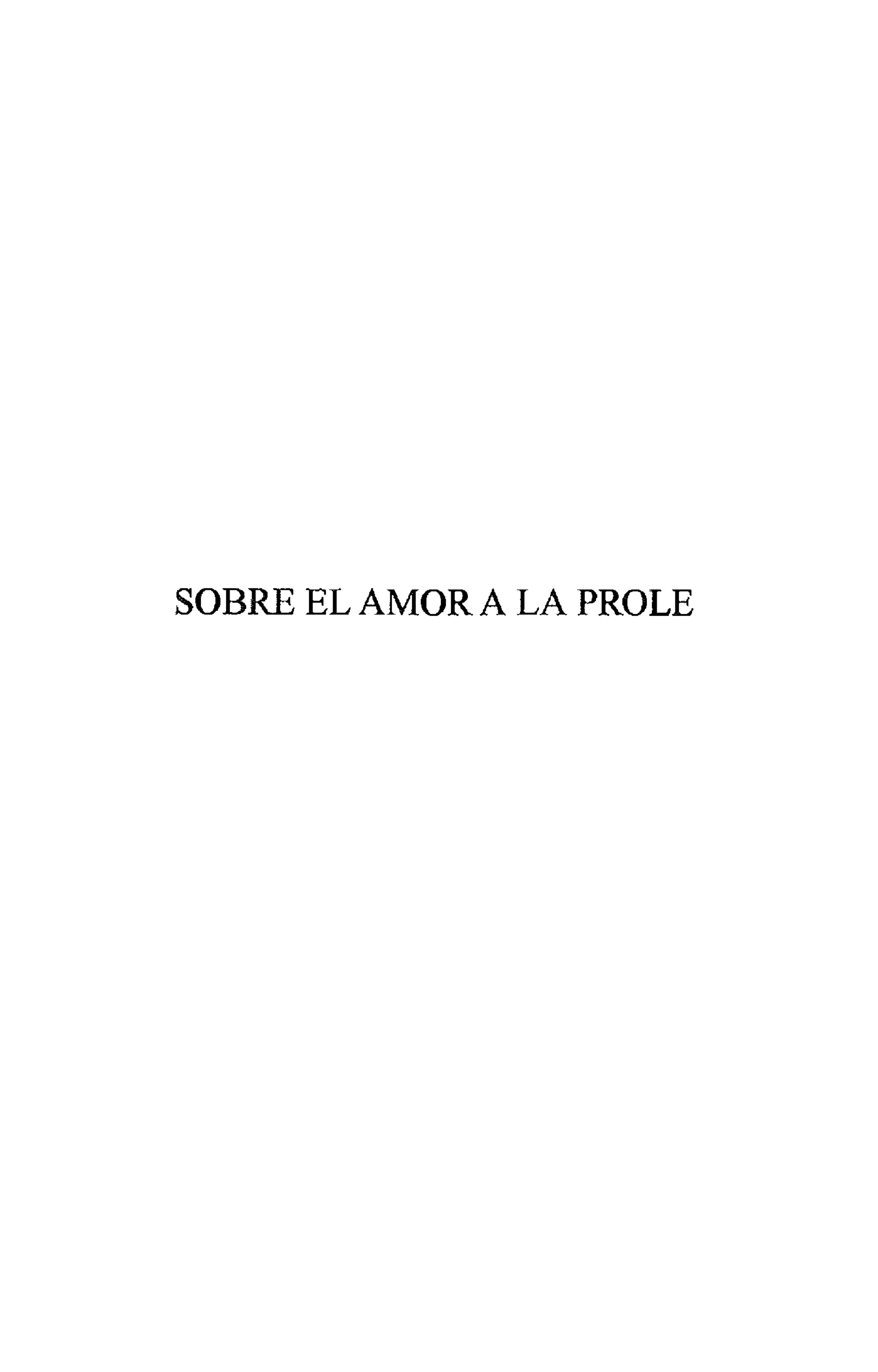
G. Siefert, *De aliquot Plutarchi scriptorum moralium compositione atque indole*, Leipzig, 1896.

—, *Plutarchs Schrift* Περὶ εὐθυμίας, Progr. Pforta. Naumburg, 1908.

R. Volkmann, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea*, Berlín, 1869-1873.

U. von Wilamowitz-Moellendorff, «Der Tragiker Melanthios von Rhodos», *Hermes* XXIX (1894), 150-154.

K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia, Realencyclopëdie* XXI 1, 1951, cols. 636-962.



SOBRE EL AMOR A LA PROLE

INTRODUCCIÓN

Esta pequeña obra de Plutarco no podría ser una de esas que «deleitan incluso a quienes han endurecido su corazón contra él (pienso en sus editores)» como con humor dice Helmbold[1] a propósito del *De garrulitate* —y nosotros cambiaríamos editores por traductores en este caso—. Lo único que podría decirse en su descargo es que ofrece enteramente la impresión de ser un esbozo, luego abandonado por el autor, y que sus herederos piadosa pero no inteligentemente decidieron publicar. El primer capítulo es declamatorio y está todo él rehecho a base de conjeturas por la tremenda corrupción del texto. El segundo, después de aludir a legislaciones pretéritas que favorecían el matrimonio, pasa a ser un catálogo sobre el amor a la prole en diversos animales. En varios ejemplos coincide con *De sollertia animalium,* pero siempre con mayor imperfección, lo que da pie a pensar en su mayor antigüedad y su condición de apuntes abandonados que sirvieran de modelo. El tercero es una aburridísima exposición sobre la condición femenina en cuanto a su maternidad, y ahí empieza a mostrarse ya que los humanos no son inferiores a las fieras en el amor a la

[1] W. C. HELMBOLD, *Plutarch's Moralia,* VI, Cambridge (Massachusetts), 1939 (reimp. 1962), pág. 395.

progenie. En el cuarto y quinto, donde se incide con mayor fuerza en este tema y en la fuerza de la naturaleza en el amor a los hijos, pensamos que se nos aparece más claramente el autor, con mayor amenidad y gran número de citas, y cuando vamos reconciliándonos con él la obra termina *ex abrupto.*

Hay autores como Döhner y Weissenberger que quisieron demostrar la no autenticidad de la autoría de Plutarco[2], otros como Volkmann[3] piensan que se trata de un epítome; pero a pesar de alguna inobservancia del hiato, el escrito, tanto en pensamiento como en lengua y estilo, es auténticamente plutarqueo, como afirma Ziegler[4]. Se trataría, pues de una obra inacabada del período de su juventud y probablemente anterior a *De sollertia animalium* y *Bruta animalia ratione uti,* con los que tiene alguna relación[5].

Este opúsculo no figura en el «Catálogo de Lamprias».

---

[2] *Quaestiones Plutarcheae III,* Misenae, 1862, págs. 26 ss. y *Die Sprache Plutarchs von Chaeronea,* Würzburg, 1895, págs. 66 ss., citados en la introducción de la edición teubneriana (*Moralia III,* de PATON, POHLENZ y SIEVEKING) y recogidos por ZIEGLER, *RE* XXI 1, 1951, col. 744.

[3] R. VOLKMANN, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* Berlín, 1869, págs. 186 ss.

[4] R. ZIEGLER, *Plutarchos von Chaironeia, RE* XXI 1, 1951, cols. 743-744.

[5] Véase HELMBOLD, *op. cit.,* pág. 329, sobre la cronología de esta obra donde disiente de esta posible cronología que ya sustentó A. DYROFF en *Die Tierpsychologie des Plutarchs von Chaeronea,* Programm Würzburg, 1897. Si se piensa que de estas dos obras plutarqueas citadas, Ziegler sitúa la primera de ellas como concebida después del 79 y seguramente escrita hacia el 80, no resulta demasiado fuera de lugar tal suposición.

SOBRE EL AMOR A LA PROLE

1. Juicios de apelación y recursos a tribunales extranjeros fueron concebidos al principio por los griegos en su des- B
confianza recíproca, necesitados de una justicia ajena como de otro bien necesario no producido entre ellos. ¿No es así como también los filósofos por sus desavenencias mutuas apelan en algunos problemas a la naturaleza de los animales irracionales como a una ciudad de otro país y remiten su juicio a las afecciones y costumbres de aquéllos, en la idea de que son ininfluibles e incorruptibles? ¿O es también esto una acusación a la humana maldad, el que, dudando nosotros respecto a los asuntos más necesarios e importantes, busquemos en los caballos, los perros y las aves cómo nos C
vamos a casar nosotros mismos, cómo engendrar y criar los hijos (como si no existiera entre nosotros ninguna manifestación de la naturaleza) e invocar las costumbres y las afecciones de los animales salvajes y acusar a nuestra vida de un gran desvío y transgresión de las reglas en contra de la naturaleza, por habernos confundido y perturbado desde el mismo comienzo acerca de los principios? Pues en aquéllos la naturaleza guarda su singularidad pura, sin mezcla y simple, pero en los hombres, por obra de la razón y la costumbre, ha experimentado lo que el aceite por los perfumis-

tas, mezclada con muchas opiniones y juicios añadidos, se ha vuelto suave y variopinta, pero no ha conservado nada
D propio. No nos asombremos de que los animales irracionales sigan más a la naturaleza que los racionales porque más que los animales lo hacen las plantas, a quienes no se ha concedido imaginación, ni impulso o deseo de otras cosas que las sacuda lejos de lo que se ajusta a la naturaleza, sino que, como encerradas en una cárcel, permanecen dominadas, marchando siempre por el único camino por el que aquélla les guía. En las fieras no existe en demasía la versatilidad, la singularidad y libertad de la razón y, aun teniendo impulsos y deseos irracionales y yendo frecuentemente por caminos errantes y en círculo, no se separan muy lejos, como sujetas por el ancla de la naturaleza, quien les muestra el camino recto como a un asno que marcha bajo riendas y bocado. En cambio en el hombre la razón, que no
E tiene amo y es absoluta, encontrando unas veces unos desvíos y novedades, otras otros, no ha dejado ninguna huella visible ni evidente de la naturaleza[1].

2. Mira qué grande es en los animales respecto a sus uniones lo conforme a naturaleza. En primer lugar no observan leyes contra el celibato o el matrimonio tardío, como los ciudadanos de Licurgo y de Solón[2]. Ni temen la pérdida de sus derechos civiles por la falta de hijos ni persiguen ho-

---

[1] Este capítulo, especialmente corrupto, ha sido salvado por todo género de conjeturas, de lo que da buena cuenta la longitud del aparato crítico de la edición teubneriana.

[2] Cf. *Vida de Licurgo* XV 1-3 (48C); *Vida de Lisandro* XXX 7 (451A). Véase también *Apophth. lac.* 227F. En cambio nada se dice sobre esto en la *Vida de Solón*.

nores por tener tres[3], por lo que muchos romanos se casan y procrean no para tener herederos sino para poder heredar. Además el macho no se une a la hembra en cualquier época, porque no tienen el placer como finalidad sino la generación y la procreación. Por eso en la estación del año que trae F
vientos fecundos y una temperatura favorable para los apareamientos[4] llega para ello al macho la hembra dócil y deseable, adornada con olor suave de la piel y con el arreglo propio de su cuerpo, llena de rocío y de hierbas[5]. Pero cuando advierte que ha concebido y está preñada se retira decorosamente y hace previsiones para su preñez y la sal- 494
vación de su criatura. No es posible hablar suficientemente de sus acciones, excepto que cada uno de ellos es uno solo en el amor a su prole, en sus previsiones, en sus sacrificios, en su autodominio. Llamamos nosotros hábil a la abeja y creemos que

se ocupa de la rubia miel[6]

adulando la suavidad de su dulzura que nos acaricia el paladar; sin embargo miramos con indiferencia la habilidad y la industria de los demás respecto a los partos y las crianzas. Así por ejemplo el alción hembra, después de haber conce-

---

[3] Plinio, en la *Epístola* X 2, agradece a Trajano haberle reconocido el privilegio concedido a los padres de tres hijos. Había una ley que se remontaba a Augusto que limitaba los derechos y prerrogativas de quienes tenían menos de tres hijos, la *ius trium liberorum*.

[4] En cuanto a los vientos cf. Lucrecio, I 10-20. Sobre el poder fecundante del Favonio y para la temperatura adecuada cf. Aristóteles, *Investigación sobre los animales* VI 18 (573a 27).

[5] En *Bruta anim.* 990C ss. se refiere Plutarco con más extensión a los medios de atracción de la hembra.

[6] Simónides, frag. 43 Diehl, 88 (593 Page). También en *Aud.* 41F; *Prof. virt.* 79C.

bido, compone el nido reuniendo las espinas de la aguja marina, entrelazándolas y juntando unas con otras. Lo trabaja en forma redonda y alargada como la nasa de un pescador
B y, apretando exactamente las espinas en junturas y espesor, lo expone al oleaje de modo que batido suavemente y pegado el fieltro de la superficie se vuelva impermeable. Así resulta impenetrable para el hierro y la piedra. Pero lo que es más admirable, la boca del nido está configurada tan ajustadamente al tamaño y medida del alción que no admite animal mayor ni menor y, según se dice, ni siquiera recibe la menor cantidad de agua marina[7].

C Sobre todo los gáleos son un buen ejemplo. Son vivíparos pero dejan a sus crías salir afuera y pacer, después nuevamente los recogen y los repliegan dormidos en sus entrañas[8].

La osa, que es una fiera muy salvaje y sombría, pare sus crías sin forma ni articulaciones, pero moldeando sus membranas con la lengua, como con una herramienta, parece que no sólo engendra sino también fabrica a su hijo[9].

El león de Homero,

a quien, cuando lleva sus cachorros, lo encuentran en el [bosque
unos cazadores, pero él está orgulloso de su fuerza,
y tira hacia abajo el entrecejo que le cubre los ojos[10],

[7] En *Soll. anim.* 983C-D hace PLUTARCO una descripción de la fabricación del nido mucho más completa y perfecta; cf. ELIANO, *Historia de los animales* IX 17.

[8] Sobre los gáleos o perros marinos (una especie de tiburón), es también más exacta y hermosa la exposición de PLUTARCO en *Soll. anim.* 982A; cf. también EL., *Hist. an.* II 55.

[9] EL., *Hist. an.* II 19; ARIST., *Inv. an.* 579a 24.

[10] *Il.* XVII 134-136.

¿acaso se asemeja a alguien que piensa pactar con los cazadores respecto a sus hijos? Pues, en general, el amor por la prole hace a los cobardes atrevidos, a los indolentes trabajadores, a los glotones ahorrativos. Como el ave que en Homero lleva a sus pajarillos D

cuantos bocados coge, pero a ella misma le va mal[11],

pues alimenta a sus crías a cargo de su propia hambre, retiene el alimento tomado de su estómago y lo prensa en su pico, no vaya a tragárselo inadvertidamente.

Como una perra marchando en torno de sus tiernos cachorrillos
ladra al hombre que no conoce y se apresta a luchar[12],

asumiendo, como un segundo ánimo, el temor por sus crías. E

Y las perdices[13], cuando son perseguidas con sus perdigones, les dejan volar por delante y escapar mientras ellas, urdiendo el llamar la atención de los cazadores sobre sí mismas, desde cerca giran y cuando les falta poco para ser capturadas echan a correr, después se quedan otra vez paradas y se ponen al alcance de la esperanza de aquéllos, hasta que, habiéndose arriesgado a favor de la seguridad de sus crías, han conducido muy lejos por delante a los cazadores.

En cuanto a las gallinas[14], tenemos cada día a la vista la forma en que protegen a sus polluelos, extendiendo sus alas para cubrir a unos, recibiendo con su cloquear gozoso y ca- F

[11] *Il.* IX 324. Cf. *Prof. virt.* 80A.

[12] *Od.* XX 14-15. Cf. *Sobre la vida y poesía de Homero* 86 (Bernardakis, VII, pág. 375).

[13] Cf. *Soll. anim.* 971C-D; Plin., *Hist. nat.* X 103; Arist., *Inv. an.* IX 8 (613b 17); El., *Hist. an.* III 16.

[14] Arist., *Inv. an.* IX 8 (613b 15).

riñoso a otros que se suben a su espalda y acuden corriendo de todas partes. Huyen de perros y serpientes si temen por sí mismas, pero si es por sus crías se defienden y combaten por encima de sus fuerzas.

¿Pensamos entonces que la naturaleza ha hecho nacer en esos animales estos sentimientos mirando por la descendencia de gallinas, perros y osos y no más bien por avergonzarnos y herirnos cuando reflexionamos que estos son
495 modelos para quienes la siguen pero que para los insensibles son reproches por su impasibilidad, por medio de los cuales se acusa sólo a la naturaleza humana de no tener afecto gratuitamente ni de saber amar sin beneficio? Pues en los teatros recibe aplausos el que dice:

¿Qué hombre ama a otro por una paga? [15]

Sin embargo, según Epicuro, aman por una paga el padre al hijo, la madre a su niño, los hijos a sus padres [16]. Pero si las fieras comprendiesen las palabras y alguien, congregando en un teatro común caballos, bueyes, perros y aves, cambiara esa cita y exclamara: «Ni los perros aman a sus cachorri-
B llos por una paga, ni los caballos a sus potros, ni las aves a sus polluelos, sino gratuitamente y de un modo natural», reconocerá en la emoción de todos que estaba bien y verdaderamente dicho. Pues es vergonzoso, oh Zeus, que generación, partos, dolores y crianza de la prole en las fieras sean naturales y gratuitos mientras que los de los hombres sean préstamos, paga y fianza dados por interés.

3. Pero ni esta exposición es verdadera ni digna de ser oída. Pues la naturaleza, como en las plantas silvestres, vi-

---

[15] Kock, *CAF*, III, *adesp.* 218.

[16] Usener, *Epicurea,* frag. 528, pág. 320.

ñas, cabrahigos y acebuches, infunde unos principios, aun inmaduros e irracionales, de los frutos cultivados, así ha dado a los irracionales el amor por su prole imperfecto, in- C
suficiente para la justicia y que no va más allá de la utilidad. En cambio al hombre, animal racional y social, introduciéndole en la justicia y la ley, en el culto a los dioses, la fundación de ciudades[17] y en la amistad, lo ha dotado como de las semillas nobles, bellas y fructíferas de estas cosas en la alegría y el amor por sus hijos, que acompaña a los primeros principios. Y ésas se hallaban en la constitución de los cuerpos. Ciertamente que la naturaleza es en cada cosa exacta e industriosa, sin falta ni exceso y «no tiene», como decía Erasístrato[18], «nada de falso valor». Lo referente a la generación, no obstante, no es posible decirlo dignamente ni tampoco es conveniente quizás implicarse con demasiada D
exactitud en los nombres y términos de temas prohibidos, sino solamente comprender la buena adaptación para engendrar y parir de aquellas partes reservadas y ocultas. Con todo, basta la producción y administración de la leche para mostrar la previsión y el cuidado de aquélla. Pues de la sangre cuanto exceso de uso, por la debilidad y cortedad de respiración en las mujeres, yendo a la superficie anda errante y pesa, el resto del tiempo se ha acostumbrado y ocupado de fluir en períodos mensuales de días, habiendo abierto la naturaleza pasos y caminos para ella, lo que por E
otra parte alivia y purifica el resto del cuerpo, por otra prepara la matriz como tierra fertilizada oportunamente con

---

[17] Se percibe un eco del mito platónico de Prometeo; cf. *Protágoras* 322a-b.

[18] Médico que vivió hacia la mitad del III a. C. Fue probablemente el cirujano y científico más notable de la época helenística. Su obra nos es conocida a través de Galeno. Véase la *Vida de Demetrio* XXXVIII (907A ss.).

trabajo y semillas. Pero cuando la matriz recibe y envuelve la semilla que ha caído, formándose una raíz[19] («pues el ombligo es lo primero que se produce en el vientre», como dice Demócrito[20], «a guisa de ancla contra el oleaje y el movimiento, cable y sarmiento» para el fruto engendrado y futuro), la naturaleza cierra los pasos mensuales y purificadores y apoderándose de la corriente de sangre se sirve de ella como alimento y riega al feto ya constituido y moldeado, hasta que habiéndose formado en números convenientes
F en su crecimiento interior necesita otro alimento y otro terreno. Entonces, pues, la naturaleza, apartando y cambiando la sangre de un uso a otro con más cuidado que un jardinero cuando riega, tiene dispuestas como unas fuentes terrenas de un manantial fluyente, que no la reciben ociosa e impasiblemente sino que pueden, por el suave calor y la blanda feminei-
496 dad de la respiración, digerirla, suavizarla y transformarla. Pues la mama tiene tal disposición y temple interior. No existen manantiales ni fuentes de la leche soltándola continuamente, sino que terminando la mama en carne llena de fuentes y que filtra tranquilamente en canales ligeros, ofrece un almacén favorable para la boca del niño y grato de tocar y de rodear.

Pero no habría ninguna ventaja en tan gran número de instrumentos para la generación, en tales arreglos, celo y previsión si la naturaleza no hubiera infundido el amor y el cuidado de la prole en las madres.

B *Pues no existe nada más desdichado que el hombre*
de todos cuantos seres respiran y caminan sobre la tierra[21].

[19] ARIST., *Reproducción de los animales* II 7 (745b); *Inv. an.* I 12 (493a 18).

[20] DIELS-KRANZ, *Die Frag. der Vors.*, II, pág. 171, frag. b 128; *Fort. Rom.* 317A.

[21] *Il.* XVII 446-447, pero no están referidos a un niño sino al cadáver de Patroclo; cf. *An. corp. affect.* 500B.

Y en eso no miente el poeta si es que habla sobre el infante y recién nacido. Pues nada es tan imperfecto, sin recursos, desnudo, informe y manchado como un hombre al ser contemplado en su nacimiento. A éste solamente la naturaleza ni le dio apenas un camino puro hacia la luz[22], sino que empapado de sangre, lleno de inmundicia, más semejante a un asesinado que a un nacido no es apropiado para tocar, coger, besar ni abrazar por nadie más que por quien le ama por naturaleza. Por eso las ubres de los demás animales cuelgan bajo el vientre, pero en las mujeres están arriba en torno al C pecho para besar, rodear y abrazar al infante, como por tener por fin el parir y criar no la necesidad sino el amor.

4. Refiere este discurso a los hombres primitivos a cuyas mujeres les sucedió por vez primera parir, a los varones ver un niño nacido. Aquéllos no tenían ley que les ordenara la crianza de los hijos ni expectativas de gratitud o de recompensas por la crianza «prestada a sus hijos en la infancia»[23]. Yo afirmaría que las madres eran más bien duras y rencorosas con sus criaturas, por haber sufrido grandes peligros y trabajos:

Como cuando coge a una mujer de parto un dardo agudo, D
violento, que lanzan las parteras Ilitias,
hijas de Hera, que causan amargos dolores[24].

Estos versos dicen las mujeres que no los escribió Homero sino una Homérida[25] después de parir o mientras paría aún

[22] *Amat.* 758A.

[23] Platón, *Leyes* 717c; cf. *Frat. am.* 479F.

[24] *Il.* XI 269-271.

[25] Aunque el término traducido puede provocar confusión con los Homéridas o descendientes de Homero, Plutarco ha usado un adjetivo

y tenía en las entrañas la picadura del dolor, a un tiempo amarga y aguda. Pero el amor por su descendencia la doblegaba y conducía. Todavía caliente, dolorida y sacudida por sus sufrimientos no rechaza ni huye a su niño, se vuelve
E hacia él, le sonríe, le toma y le besa, sin recoger para sí nada dulce ni provechoso sino recibiéndole entre dolores y desdichas, de los pañales

los harapos
calentándolos y alisándolos, y pena sobre pena
cambiando desde la noche y durante el día[26].

Y eso ¿por qué pagas o servicios fueron realizados por aquéllos de antes? Pero ni siquiera por los de ahora, porque las esperanzas son inseguras y lejanas. El que planta vides en el equinoccio de primavera cosecha en el de otoño, si siembra trigo en la puesta de la Pléyade después recoge a su salida; bueyes, caballos y aves paren crías dispuestas para su uso. La crianza del ser humano es trabajosa, su crecimiento es lento, siendo lejana su excelencia los padres en su mayoría mueren antes de verla. No sobrevivió Neocles para ver la
F Salamina de Temístocles, ni Milcíades el Eurimedonte de Cimón, ni oyó a Pericles hablando al pueblo Jantipo, ni Aristón a Platón mientras filosofaba, ni los padres de Eurípides y Sófocles conocieron sus victorias. Los escuchaban balbucear y silabear y contemplaron los cortejos, las borracheras y los amores en que ellos se excedían como jóvenes.

femenino *Homerís (-idos)* que aludiría en todo caso a una compositora y descendiente femenina del poeta.

[26] NAUCK², *TGF, adesp.* 7. En *Quaest. conv.* VI 6 (691D) cita PLUTARCO estos versos menos extensamente pero los pone en boca de «la famosa nodriza de los hijos de Níobe». Se han atribuido a una tragedia *Níobe* de Sófocles o de Esquilo.

De tal suerte que debe alabarse y recordarse de Eveno esto 497
solo de lo que escribió:

O temor o pena es un hijo para su padre toda la vida[27].

Sin embargo no cesan de criar hijos, pero sobre todo quienes menos los necesitan. Pues es risible el que alguien crea que los ricos hacen sacrificios y se alegran cuando les nacen hijos porque tendrán quienes los cuiden y los entierren, a no ser que, por Zeus, críen hijos por falta de herederos, ¡pues no es posible hallar ni toparse con quien quiera tomar bienes ajenos!

Ni arena ni ceniza o plumas de aves de cantos varios
tan gran número amontonaría[28]

cuanto es el de los que buscan heredar.

Dánao el padre de cincuenta hijas[29],

pero si hubiera estado sin hijos, hubiera tenido más busca- B
dores de herencia, y no semejantes. Pues los hijos no tienen gratitud alguna ni por eso los cuidan ni honran, en la idea de que reciben la herencia como algo debido. En cambio oyes voces semejantes de los extraños en torno al que no tiene hijos, como en aquellos famosos versos de la comedia:

Oh Demos, báñate después de haber juzgado siquiera un caso solo,
come, deglute, traga, toma el trióbolo[30].

---

[27] Frag. 6 Diehl.

[28] Frag. *chor. adesp.* 15 Diehl; Edmonds, *Lyra Graeca* III 79, 89 (1007 Page). Cf. *Comm. not.* 1067D.

[29] Nauck², *TGF*, Eur., frag. 228, 1 del *Arquelao*. Cf. *Vit. X orat.* 837E.

[30] Aristófanes, *Caballeros* 50-51. El trióbolo, que valía media dracma, era el sueldo de los jurados o jueces de la Heliea, que había subido Cleón desde el anterior óbolo para hacerse popular.

Y las palabras de Eurípides,

Las riquezas encuentran amigos a los humanos
y tienen el máximo poder entre los hombres[31],

no son simplemente verdad si no es en relación a los hijos.
C A ésos los ricos banquetean, los poderosos adulan, los oradores sólo a ellos les pleitean gratis.

Poderoso es un rico que tiene un heredero desconocido[32].

Pues, por lo menos, a muchos con muchos amigos y honores los dejó sin amigos y sin poder el nacimiento de un solo hijo. Por eso nada de provecho deriva de los hijos para la posesión de poder, sino que toda la fuerza de la naturaleza no es menor en los hombres que en las fieras.

5. Pues se oscurecen también éstas y muchas otras cosas por obra del vicio, como un pasto que brota entre semillas cultivadas. ¿O vamos a decir que ni siquiera el hombre se
D ama a sí mismo por naturaleza porque muchos se degüellan o se despeñan a sí mismos? Edipo

arañó sus párpados con alfileres; al mismo tiempo san- [grientas
sus pupilas humedecían la barba[33];

Hegesias[34] con su dialéctica persuadió a muchos oyentes a dejarse morir de hambre.

---

[31] *Fenicias* 439-440, aunque el primer verso pertenece a Sófocles, frag. 85, 1 Nauck.

[32] Kock, *CAF*, III, *adesp.* 404.

[33] Sófocles, *Edipo Rey* 1276-1277.

[34] Hegesias fue el principal representante de la escuela hedonista hacia el 290 a. C. Obtuvo el sobrenombre de *Peisithánatos*, esto es, 'Persuasor de la muerte', por su recomendación del suicidio como único método

Muchas son las formas de lo divino[35].

Pero éstas son como aquéllas enfermedades y pasiones del alma que sacan al hombre fuera de lo conforme a naturaleza, como ellas mismas testimonian contra sí mismas. Pues si una cerda destroza a su cochinillo o una perra a su cachorro, los hombres se desaniman y se conturban, sacrifican víctimas propiciatorias a los dioses y lo consideran un prodigio, como si fuera a todos conveniente por naturaleza amar y criar a su progenie y no matarla. Sin embargo, como en las E minas centellea el oro aunque mezclado y cubierto con abundante tierra, así la naturaleza en los propios caracteres y pasiones errados manifiesta el amor hacia su descendencia. Pues si los pobres no crían hijos es por temor a que, criados peor de lo debido, se vuelvan serviles, ineducados y privados de todos los bienes[36]. En efecto, considerando la pobreza el último de los males, no soportan comunicársela a sus hijos como una enfermedad dura y enorme...

---

seguro de liberarse de las sensaciones. Véase CICERÓN, *Tusculanas* I 83 y DIÓGENES LAERCIO, II 86 y 93 ss.

[35] Versos finales en *Alcestis*, *Andrómaca*, *Helena* y *Bacantes* de EURÍPIDES. Cf. *Adulat.* 58A.

[36] En *Lib. educ.* 8E-F PLUTARCO se manifiesta de otra manera y opina que los pobres deben recibir también las ventajas de la educación.



ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL